

Michael
Connelly

**LAS DOS CARAS
DE LA VERDAD**

Traducido del inglés por Javier Guerrero Gimeno

Título original: *Two Kinds of Truth*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo
con Little, Brown & Company, New York,
New York, USA. Todos los derechos reservados

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2017 by Hieronymus, Inc.
© de la traducción: Javier Guerrero Gimeno, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-442-9
Depósito legal: M. 13.350-2019
Printed in Spain

A Heather Rizzo.

Gracias por el título y por todo lo demás

Primera parte

Popes

Bosch estaba en la celda 3 de los antiguos calabozos de San Fernando, repasando expedientes de una de las cajas de archivos de Esme Tavares, cuando Bella Lourdes le mandó un aviso desde la sala de detectives.

El LAPD y fiscalía van a verte. Treviño les ha dicho dónde estás.

Bosch se encontraba en el mismo sitio que casi todos los lunes, sentado ante su escritorio improvisado: una puerta de madera procedente del almacén de Obras Públicas que había colocado sobre dos pilas de archivadores. Después de enviar a Lourdes un mensaje de texto de agradecimiento, abrió la aplicación de notas del teléfono y encendió la grabadora. Dejó el móvil en el escritorio con la pantalla boca abajo y parcialmente cubierto con una carpeta del caso Tavares. Era una medida de precaución. No tenía ni idea de por qué la fiscalía y su antiguo departamento de policía venían a verlo un lunes a primera hora. No había recibido ninguna llamada que lo avisara de la visita, aunque, en honor a la verdad, la cobertura de móvil tras los barrotes de acero de la celda era casi inexistente. Aun así, sabía que una visita por sorpresa muchas veces respondía a un movimiento táctico. La relación de Bosch con la policía de Los Ángeles desde su jubilación obligada tres años antes había sido como mínimo tensa, y su abogado le había exhortado a

protegerse documentando todas las interacciones que mantuviera con el departamento.

Mientras esperaba, Bosch regresó al expediente. Estaba revisando declaraciones tomadas en las semanas posteriores a la desaparición de Tavares. Las había leído antes, pero creía que muchas veces los archivos contenían la clave para resolver un caso abierto. Estaba todo ahí si sabías encontrarlo. Una discrepancia lógica, una pista oculta, una declaración contradictoria, una nota manuscrita del investigador en el margen de un informe: todos esos elementos habían ayudado a Bosch a resolver casos en una carrera que ya duraba cuatro décadas.

Había tres archivadores sobre el caso Tavares. Oficialmente, se trataba de una investigación de personas desaparecidas, pero las carpetas reunidas a lo largo de quince años formaban una pila de casi un metro, y eso porque el caso estaba clasificado como desaparición por el simple hecho de que nunca se había encontrado un cadáver.

Cuando Bosch llegó al Departamento de Policía de San Fernando para ofrecer voluntariamente su experiencia en casos abiertos, había preguntado al jefe Valdez por dónde empezar. El jefe, que llevaba veinticinco años en el departamento, le pidió que comenzara por Esmeralda Tavares. Era el caso que había atormentado a Valdez como detective, pero como jefe de policía no podía dedicarle suficiente tiempo.

En los dos años que llevaba trabajando en San Fernando a tiempo parcial, Bosch había reabierto varios casos y había resuelto casi una docena, entre ellos violaciones múltiples y asesinatos. Sin embargo, volvía a los archivos de Esme Tavares en cuanto tenía alguna que otra hora libre. El caso estaba empezando a atormentarle también a él: una madre joven que se había volatilizado, dejando a un bebé durmiendo en la cuna. Por más que estuviera clasificado como desaparición, Bosch no tuvo que leer ni siquiera el contenido del primer archivador para saber lo que el jefe y todos los investigadores

llegados antes que él ya sabían: Esme Tavares no había desaparecido por voluntad propia. Estaba muerta.

Bosch oyó que se abría la puerta metálica del calabozo y a continuación pisadas en el suelo de hormigón que se extendía delante de las tres celdas grupales. Levantó la mirada y le sorprendió lo que vio a través de los barrotes.

—Hola, Harry.

Era su antigua compañera, Lucía Soto, junto con dos hombres de traje a los que Bosch no reconoció. El hecho de que, por lo visto, Soto no le hubiera hecho saber que venían puso a Bosch en alerta. El trayecto desde la central del departamento de policía y la Oficina del Fiscal del Distrito en el centro de Los Ángeles hasta San Fernando era de cuarenta y cinco minutos. Eso dejaba tiempo suficiente para escribir un mensaje y decir: «Harry, vamos para ahí». Sin embargo, eso no había ocurrido, así que Bosch supuso que los dos desconocidos se lo habían impedido a Soto.

—Lucía, cuánto tiempo —dijo Bosch—. ¿Cómo estás, compañera?

Parecía que ninguno de los tres estaba interesado en entrar en la celda de Bosch, a pesar de que había sido reconvertida. Harry se levantó, sacó rápidamente su teléfono de debajo de los archivos del escritorio y se lo guardó en el bolsillo de la camisa, colocando la pantalla contra su pecho. Caminó hasta los barrotes y tendió la mano a través de ellos. Pese a que se había comunicado con Soto por teléfono y mediante mensajes de texto de manera intermitente, no la había visto en los últimos dos años. Su aspecto había cambiado. Había perdido peso y se la veía demacrada y cansada, con la preocupación grabada en sus ojos oscuros. En lugar de estrecharle la mano, Soto se la oprimió. El apretón fue tenso, y Harry lo tomó como un mensaje: ten cuidado.

A Bosch no le costó mucho adivinar qué papel desempeñaba cada uno de esos dos hombres. Ambos tenían cuarenta y pocos y vestían trajes que parecían salidos de un estante de Men's Warehouse. Sin embargo, la tela de raya diplomática del hombre de la iz-

quiera se veía gastada desde dentro. Bosch sabía que eso significaba que llevaba una cartuchera de hombro debajo de la chaqueta, y el borde duro de la corredera del arma estaba desgastando el tejido. El forro de seda ya se habría roto. En seis meses el traje estaría para el arrastre.

—Bob Tapscott —dijo—. El compañero de *Lucky Lucy*.

Tapscott era negro, y Bosch se preguntó si estaría emparentado con Horace Tapscott, el difunto músico del sur de Los Ángeles cuya labor en la preservación de la identidad jazzística de la comunidad había sido trascendental.

—Y yo soy Alex Kennedy, ayudante del fiscal del distrito —se presentó el segundo hombre—. Nos gustaría hablar con usted unos minutos.

—Eh, claro —dijo Bosch—. Pasen a mi oficina.

Hizo un gesto hacia los confines de la antigua celda ahora provista de estanterías de acero que contenían archivos de casos. Había un gran banco de extremo a extremo, vestigio de la anterior función de la oficina como celda de borrachos. Bosch tenía carpetas de diferentes casos pendientes de revisar alineadas en el banco. Empezó a apilarlas con el fin de dejar espacio para que se sentaran sus visitantes, pese a que estaba convencido de que no lo harían.

—De hecho, hemos hablado con su capitán Treviño, y dice que podemos usar la sala de operativos en la oficina de detectives —dijo Tapscott—. Será más cómodo. ¿Le importa?

—No me importa si al capitán no le importa —dijo Bosch—. ¿De qué se trata?

—Preston Borders —respondió Soto.

Bosch estaba caminando hacia la puerta abierta de la celda. El nombre impuso una ligera pausa en su movimiento.

—Vamos a esperar hasta que estemos en la sala de operativos —intervino Kennedy con rapidez—. Hablaremos allí.

Soto lanzó a Bosch una mirada que pareció transmitir el mensaje de que estaba bajo el yugo de la fiscalía en esa investigación. Harry

cogió sus llaves y el candado de la mesa, salió de la celda y deslizó la puerta hasta que esta se cerró con un fuerte sonido metálico. La llave de la celda había desaparecido hacía mucho tiempo, y Bosch cerraba con una cadena de bicicleta que pasaba entre los barrotes y aseguraba con el candado.

Salieron del viejo calabozo y cruzaron el almacén de material de Obras Públicas que daba a la calle Uno. Mientras esperaban el paso del tráfico, Bosch sacó el móvil del bolsillo y comprobó sus mensajes. No había recibido nada de Soto ni de nadie más antes de la llegada del grupo de visitantes de Los Ángeles. Dejó la grabadora en marcha y volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo.

Soto habló, pero no sobre el caso que la había llevado a San Fernando.

—¿En serio esa es tu oficina, Harry? —preguntó—. Quiero decir, ¿te ponen en una celda?

—Sí —dijo Bosch—. Era la celda de borrachos y a veces hasta me parece que huelo a vómito cuando abro por la mañana. Parece ser que cinco o seis tipos se ahorcaron ahí a lo largo de los años. Sus almas deberían atormentarme. Pero es donde guardan los archivos de investigaciones abiertas, y ahí es donde trabajo. Almacenan cajas de pruebas viejas en las otras dos celdas, así que tengo acceso fácil por todas partes. Y por lo general nadie me molesta.

Esperaba que la insinuación de la última frase quedara clara para sus visitantes.

—¿Así que no hay calabozo? —preguntó Soto—. ¿Tienen que llevar a la gente a Van Nuys?

Bosch señaló al otro lado de la calle, a la comisaría de policía a la que se dirigían.

—Solo las mujeres van a Van Nuys —explicó Bosch—. Aquí tenemos un calabozo para los hombres. En comisaría. Celdas individuales de primera. Hasta me he quedado a dormir varias veces. Es mucho mejor que la sala de descanso del EAP, con todo el mundo roncando.

Soto le lanzó una mirada como para decirle que había cambiado si estaba dispuesto a dormir en un calabozo. Él le guiñó un ojo.

—Puedo trabajar en cualquier sitio —dijo—. Y puedo dormir en cualquier sitio.

Cuando el tráfico lo permitió, cruzaron la calle y entraron en la comisaría por el vestíbulo principal. La sala de detectives disponía de un acceso directo en la derecha. Bosch abrió con una llave de tarjeta y sostuvo la puerta para que los demás pasaran.

La sala no era más grande que un garaje de una plaza. En el centro había tres escritorios que apenas encajaban en un solo módulo. Perteneían a los tres detectives a tiempo completo de la unidad: Danny Sisto, Oscar Luzón, recientemente ascendido a detective, y Bella Lourdes, que hacía solo dos meses que se había reincorporado después de una prolongada baja tras resultar herida en acto de servicio. Las paredes de la unidad estaban ocupadas por archivadores, cargadores para los radiotransmisores, un rincón para el café y una zona de impresoras bajo tableros de noticias cubiertos de horarios laborales y anuncios departamentales. Había también numerosos carteles de personas en busca y captura o desaparecidas, entre ellos varios que mostraban fotos de Esme Tavares que se habían hecho circular en un período de quince años.

En lo alto de una pared, un cartel mostraba los famosos patos de Disney Juanito, Jorgito y Jaimito, que eran los orgullosos apodos de los tres detectives que trabajaban en ese módulo. La oficina del capitán Treviño se encontraba a la derecha, y la sala de operativos, a la izquierda. Una tercera sala se había subalquilado a la Oficina del Forense y la utilizaban dos de sus investigadores, que cubrían toda la zona del valle de San Fernando.

Los tres detectives estaban sentados en sus lugares correspondientes. Habían desarticulado recientemente una gran banda de ladrones de coches que actuaba en la ciudad, y el abogado de uno de los sospechosos se había referido a ellos en tono de mofa como Jua-

nito, Jorgito y Jaimito. Los detectives llevaban el apodo de grupo como una medalla.

Bosch vio a Lourdes mirando por encima de una mampara desde su escritorio y le hizo una señal con la cabeza para agradecerle el aviso. Era también una señal de que hasta el momento las cosas iban bien.

Bosch condujo a los visitantes a la sala de operativos, una estancia insonorizada con las paredes cubiertas de pizarras blancas y monitores de pantalla plana. En el centro había una mesa estilo salón de juntas con ocho sillas de piel a su alrededor. La sala estaba diseñada como puesto de mando para investigaciones importantes, operaciones de equipos conjuntos y respuestas coordinadas a emergencias públicas como terremotos y disturbios. La realidad era que esos incidentes escaseaban y la sala se usaba básicamente como comedor; la mesa ancha y las sillas cómodas eran perfectas para almuerzos de grupo. La sala desprendía el olor característico de comida mexicana. El propietario de Magaly's Tamales, en Maclay Avenue, siempre llevaba a la tropa comida gratis, que por lo general se devoraba en la sala de operativos.

—Siéntense —dijo Bosch.

Tapscott y Soto se sentaron a un lado, mientras Kennedy rodeaba la mesa para situarse en el otro. Bosch ocupó una silla en un extremo de la mesa para poder ver a los tres visitantes.

—¿Se puede saber qué está pasando? —inquirió.

—Bueno, vamos a presentarnos como es debido —empezó Kennedy—. Por supuesto, ya conoce a la detective Soto porque trabajó con ella en la Unidad de Casos Abiertos. Y le presento al detective Tapscott. Los dos han estado colaborando conmigo en la revisión de un caso de homicidio que usted investigó hace casi treinta años.

—Preston Borders —dijo Bosch—. ¿Cómo está Preston? Seguía en el corredor de la muerte de San Quintín la última vez que lo verifiqué.

—Sigue allí.

—Entonces ¿por qué están revisando el caso?

Kennedy había acercado su silla y tenía los brazos cruzados y los codos apoyados en la mesa. Tamborileó con los dedos de la mano izquierda como si estuviera pensando cómo responder a la pregunta de Bosch, por más que estuviera claro que todo en esa visita sorpresa estaba ensayado.

—Estoy asignado a la Unidad de Revisión de Condenas —explicó Kennedy—. No me cabe duda de que ha oído hablar de ella. He recurrido a los detectives Tapscott y Soto en algunos de los casos de los que me he ocupado por su experiencia en la investigación de casos abiertos.

Bosch sabía que la URC era nueva y se había instaurado después de que él abandonara el Departamento de Policía de Los Ángeles. Su creación respondía al cumplimiento de una promesa realizada durante una acalorada campaña electoral en la cual el control de la policía fue una cuestión de debate candente. El recién elegido fiscal del distrito —Tak Kobayashi— había prometido crear una unidad que respondiera a la aparente avalancha de casos en los que las tecnologías forenses habían conducido a exonerar a centenares de personas encarceladas en todo el país. Y no solo eran las innovaciones científicas las que marcaban el camino, sino que métodos científicos más antiguos, que se habían considerado irrefutables como pruebas, estaban siendo desprestigiados y abriendo las puertas de las prisiones a los inocentes.

En cuanto Kennedy mencionó su misión, Bosch sumó dos y dos y supo lo que estaba ocurriendo. Borders, el hombre al que se creía responsable de la muerte de tres mujeres pero solo había sido condenado por un asesinato, estaba haciendo un último intento de conseguir la libertad después de casi treinta años en el corredor de la muerte.

—¿Está de broma? —dijo Bosch—. ¿Borders? ¿En serio? ¿De verdad está revisando ese caso? —Su mirada saltó de Kennedy a su antigua compañera Soto. Se sintió completamente traicionado—. ¿Lucía?

—Harry —dijo ella—. Tienes que escucharnos.

Bosch sintió que las paredes de la sala de operativos se estaban juntando para atraparlo. En su fuero interno, y en la realidad, había internado a Borders para siempre. No contaba con que el sádico asesino sexual recibiera nunca la inyección letal, pero el corredor de la muerte seguía siendo su infierno particular, un destino más severo que cualquiera de las sentencias que se imponían al resto de la población reclusa. El aislamiento era lo que merecía Borders. Lo encerraron en San Quintín a los veintiséis años. Para Bosch eso significaba más de cincuenta años de confinamiento en absoluta soledad. Menos si tenía suerte. En el corredor de la muerte de California había más reclusos que se suicidaban que aquellos que recibían la inyección letal.

—No es tan sencillo como cree —aseguró Kennedy.

—¿En serio? —dijo Bosch—. Cuénteme por qué.

—La Unidad de Revisión de Condenas tiene la obligación de considerar todas las peticiones legítimas que recibe. Nuestro proceso de revisión es la primera fase, y eso ocurre de puertas adentro antes de que los casos pasen al Departamento de Policía de Los Ángeles y otras agencias policiales. Cuando un caso plantea suficientes dudas, damos el siguiente paso y llamamos a la fuerza policial correspondiente para que proceda a revisar la investigación.

—Y, por supuesto, todo el mundo jura mantener el secreto en ese punto.

Bosch miró a Soto al decirlo. Ella apartó la mirada.

—Desde luego —dijo Kennedy.

—No sé qué pruebas han aportado Borders o su abogado, pero son falsas —dijo Bosch—. Borders asesinó a Danielle Skyler y todo lo demás es un fraude.

Kennedy no respondió, pero, desde su posición, Bosch se dio cuenta de que le había sorprendido que todavía recordara el nombre de la víctima.

—Sí, treinta años después todavía recuerdo su nombre —aseguró Bosch—. También recuerdo a Donna Timmons y Vicki Novotney, las dos víctimas sobre las que, según su oficina, no había suficientes pruebas para presentar cargos. ¿Las ha tenido en cuenta en esa revisión de la investigación que ha llevado a cabo?

—Harry —intervino Soto, tratando de calmarlo.

—Borders no aportó ninguna prueba nueva —dijo Kennedy—. Ya estaba allí.

Eso impactó a Bosch como un puñetazo. Sabía que Kennedy se estaba refiriendo a los indicios físicos del caso. Y se infería que había pruebas de la escena del crimen o de algún otro lugar que exoneraban a Borders. Pero lo que sobre todo se infería era la incompetencia o, peor, una acción deshonestas: que Bosch no había reparado en la prueba o la había desdeñado de manera intencionada.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó.

—ADN —repuso Kennedy—. No se contempló en el caso original en el ochenta y ocho. El caso fue juzgado antes de que se admitiera el uso del ADN en procesos penales en California. Hasta el año siguiente no fue presentado y aceptado por un tribunal de Ventura. En el condado de Los Ángeles tardó otro año más.

—No necesitábamos el ADN —dijo Bosch—. Encontramos una pertenencia de la víctima escondida en el apartamento de Borders.

Kennedy hizo una señal de asentimiento a Soto.

—Fuimos al depósito y sacamos la caja —dijo—. Conoces la rutina. Llevamos la ropa de la víctima al laboratorio y la sometieron al protocolo de serología.

—Ya aplicaron un protocolo hace treinta años —dijo Bosch—. Pero entonces buscaron marcadores genéticos de grupo sanguíneo en lugar de ADN. Y no encontraron nada. Vas a decirme que...

—Encontraron semen —terció Kennedy—. Una cantidad minúscula, pero esta vez la encontraron. Es evidente que el procedimiento se ha sofisticado desde el crimen. Y lo que encontraron no era de Borders.

Bosch negó con la cabeza.

—Vale, morderé el anzuelo —dijo—. ¿De quién era?

—De un violador llamado Lucas John Olmer —dijo Soto.

Bosch nunca había oído hablar de Olmer. Su mente se puso a trabajar, buscando el fraude, la argucia, pero sin considerar que pudo haberse equivocado cuando cerró las esposas en torno a las muñecas de Borders.

—Olmer está en San Quintín, ¿no? —dijo—. Todo este asunto es un...

—No —intervino Tapscott—. Está muerto.

—Confía un poco en nosotros, Harry —añadió Soto—. No contábamos con que las cosas fueran así. Olmer nunca estuvo en San Quintín. Murió en Corcoran en 2015 y nunca conoció a Borders.

—Lo hemos revisado de todas las maneras habidas y por haber —agregó Tapscott—. Las prisiones están a quinientos kilómetros de distancia una de otra y Borders y Olmer no se conocían ni se comunicaron. No es eso.

Había cierta petulancia en la forma en que habló Tapscott. Bosch tuvo ganas de soltarle un bofetón. Soto sabía lo que irritaba a su antiguo compañero y se estiró para ponerle una mano en el brazo.

—Harry, no es culpa tuya —dijo—. Es culpa del laboratorio. Todos los informes están ahí. Tienes razón: no encontraron nada. Se les pasó.

Bosch miró a Soto y retiró el brazo.

—¿De verdad te lo crees? —preguntó—. Porque yo no. Es cosa de Borders. Está detrás de esto de alguna manera. Lo sé.

—¿Cómo, Harry? Hemos buscado la trampa.

—¿Quién ha tocado la caja desde el juicio?

—Nadie. De hecho, el último que tocó esa caja fuiste tú. Los precintos originales estaban intactos, con tu firma y la fecha encima. Muéstrale el vídeo.

Soto hizo una seña con la cabeza a Tapscott, quien sacó su teléfono y abrió un archivo de vídeo. Giró la pantalla hacia Bosch.

—Esto es en Piper Tech.

Piper Tech era un inmenso complejo situado en el centro de la ciudad que albergaba el Depósito de Pruebas del Departamento de Policía de Los Ángeles, junto con la Unidad de Huellas y el escuadrón aéreo, que usaba el tejado del tamaño de un campo de fútbol como helipuerto. Bosch sabía que el protocolo de integridad en la Unidad de Archivo era estricto. Los policías tenían que proporcionar su identificación departamental y sus huellas dactilares para sacar pruebas de un caso. Las cajas se abrían en una zona de examen vigilada las veinticuatro horas. Pero lo que le mostraron fue el vídeo del propio Tapscott, grabado en su móvil.

—No fue nuestro primer encuentro con la URC, así que seguimos nuestro propio protocolo —explicó Tapscott—. Uno de nosotros abre la caja y el otro lo graba todo. No importa que tengan cámaras allí. Como puede ver, no hay ningún precinto roto, no hay manipulación.

El vídeo mostraba a Soto mostrando la caja a la cámara, girándola para que pudiera apreciarse que todos los costados y juntas estaban intactos. Las juntas se habían precintado con las viejas etiquetas que se utilizaban en los años ochenta. Durante al menos las dos últimas décadas, el departamento había usado cinta de pruebas roja que se quebraba y se pelaba si se manipulaba. En 1988 las cajas de pruebas se cerraban mediante adhesivos rectangulares blancos con la inscripción LAPD-ANÁLISIS DE PRUEBAS impresa en ellos junto con una firma y la fecha. Soto manipuló la caja con expresión aburrida, y Bosch interpretó que su antigua compañera pensaba que

estaban perdiendo el tiempo en ese caso. Al menos hasta ese momento, Bosch todavía la tenía de su lado.

Tapscott enfocó más de cerca el precinto usado en la juntura superior de la caja. Bosch vio su propia firma en el adhesivo superior central junto con la fecha del 9 de septiembre de 1988. Sabía que la fecha correspondía al final del juicio. Bosch había devuelto las pruebas y había cerrado la caja antes de almacenarla en el Depósito de Pruebas por si una apelación invalidaba el veredicto y tenían que volver a juicio. Eso nunca ocurrió con Borders, y la caja presumiblemente había permanecido en un estante del depósito, eludiendo cualquiera de las purgas periódicas de pruebas viejas, porque Bosch también había escrito con claridad en la caja el número 187 —el código penal correspondiente al homicidio en California—, y eso en la sala de pruebas significaba «No destruir».

Cuando Tapscott movió la cámara, Bosch reconoció su propia rutina de usar precinto de pruebas en todas las juntas de la caja, incluido el fondo. Siempre lo había hecho así, hasta que pasaron a la cinta de pruebas roja.

—Rebobine —pidió Bosch—. Déjeme mirar la firma otra vez.

Tapscott sacó el teléfono, manipuló el vídeo y luego congeló la imagen en el primer plano del precinto que Bosch había firmado. Sostuvo la pantalla hacia Bosch, que se inclinó a estudiar el fotograma. La firma estaba descolorida y resultaba difícil de leer, pero parecía auténtica.

—Está bien —dijo Bosch.

Tapscott reinició el vídeo. En la pantalla, Soto usó un cúter atado con una cuerda a una mesa de examen para cortar las etiquetas y abrir la caja. Al empezar a retirar los distintos elementos, entre ellos la ropa de la víctima y un sobre que contenía fragmentos de uñas recortadas, Soto fue enumerándolos para que pudieran ser debidamente registrados. Entre los elementos que mencionó había un colgante con forma de caballito de mar que había sido una prueba clave en el juicio contra Borders.

Antes de que el vídeo finalizara, Tapscott retiró el teléfono con impaciencia y detuvo la reproducción. Enseguida apartó el móvil.

—Y sigue y sigue —dijo—. Nadie manipuló la caja, Harry. Lo que hay en ella es lo que había el día que la cerró después del juicio.

A Bosch le molestó no tener la oportunidad de ver el vídeo en su totalidad. Y de algún modo el hecho de que Tapscott —un desconocido— utilizara su nombre de pila también le molestó. Dejó de lado esa incomodidad y se quedó un buen rato en silencio mientras consideraba por primera vez la posibilidad de que su convicción de treinta y cinco años de que había sacado de circulación para siempre a un asesino sádico fuera falsa.

—¿Dónde lo encontraron? —preguntó por fin.

—¿El qué? —preguntó Kennedy.

—El ADN.

—Un micropunto en el pantalón del pijama de la víctima —explicó Kennedy.

—Era fácil pasarlo por alto en el ochenta y siete —dijo Soto—. Entonces seguramente solo usaban luz negra.

Bosch asintió.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Soto miró a Kennedy. Le correspondía a él responder a esa pregunta.

—Para el miércoles de la semana que viene está programada una vista sobre una solicitud de *habeas corpus* en el Departamento 107 —dijo el fiscal—. Nos reuniremos con los abogados de Borders y pediremos al juez Houghton que suspenda la sentencia y lo saque del corredor de la muerte.

—Cielo santo —exclamó Bosch.

—Su abogado también ha notificado al ayuntamiento que presentará una demanda —continuó Kennedy—. Hemos estado en contacto con la fiscalía municipal y esperan negociar un acuerdo. Probablemente hablamos de siete cifras.

Bosch miró la mesa. No podía sostener la mirada a nadie.

—Y tengo que advertirle —agregó Kennedy— que si no se alcanza un acuerdo y Borders presenta una demanda en un tribunal federal, puede ir directamente a por usted.

Bosch asintió. Eso ya lo sabía. Una demanda por violación de derechos civiles presentada por Borders podría considerar a Bosch personalmente responsable por daños si el ayuntamiento decidía no cubrirlos. Como dos años antes Bosch había demandado al ayuntamiento para recuperar su pensión completa, era improbable que encontrara a alguien en la fiscalía municipal interesado en indemnizarlo por una reclamación de daños y perjuicios de Borders. El único pensamiento que atravesó esa realidad fue para su hija. Podía quedarse sin nada salvo una póliza de seguros que cobraría cuando él muriera.

—Lo siento —dijo Soto—. Si hubiera alguna otra...

No había terminado cuando Bosch lentamente la miró a los ojos.

—Nueve días —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Soto.

—La vista es dentro de nueve días. Tengo hasta entonces para descubrir cómo lo hizo.

—Harry, llevamos cinco semanas trabajando en esto. No hay nada. Fue antes de que Olmer hiciera acto de aparición. Lo único que sabemos es que no estaba en la cárcel entonces y vivía en Los Ángeles: encontramos registros de trabajo. Pero el ADN es el ADN. En el pijama de la víctima, ADN de un hombre condenado después por múltiples raptos con violación. En todos los casos se trata de intrusiones en domicilios, muy similares a las de Skyler. Pero sin asesinato. Vamos, atente a los hechos. Ningún fiscal en el mundo los rebatiría ni plantearía otra opción.

Kennedy se aclaró la garganta.

—Hemos venido aquí hoy por respeto a usted, detective, y por todos los casos que ha resuelto a lo largo de los años. No queremos que esto se salde con un enfrentamiento. A usted no le beneficiaría.

—¿Y no cree que esto afecta a todos los casos que he resuelto? —inquirió Bosch—. Abre la puerta a este tipo y podría abrirla a to-

dos los que enchironé. Si culpa al laboratorio, lo mismo. Lo enturbia todo.

Bosch se recostó y miró a su antigua compañera. Había sido su mentor. Ella tenía que saber lo que le estaba haciendo.

—Es lo que es —dijo Kennedy—. Tenemos una obligación. «Mejor que cien hombres culpables anden sueltos a que haya un inocente encarcelado.»

—Ahórreme sus frasecitas de Ben Franklin —dijo Bosch—. Encontramos pruebas que relacionaban a Borders con las desapariciones de tres mujeres, y su fiscalía pasó de dos de ellas, porque algún fiscal listillo dijo que no había pruebas suficientes. Joder, esto no tiene sentido. Quiero esos nueve días para hacer mi propia investigación y quiero acceso a todo lo que tengan y a todo lo que han hecho.

Bosch miró a Soto al decirlo, pero respondió Kennedy.

—Eso no va a ocurrir, detective —dijo—. Como he dicho, estamos aquí como un acto de cortesía. Pero ya no es su caso.

Antes de que Bosch pudiera responder, hubo una brusca llamada a la puerta y esta se abrió. Bella Lourdes estaba allí, haciéndole una seña para que saliera.

—Harry —dijo—. Tenemos que hablar ahora mismo.

Había una urgencia impresa en la voz que Bosch no podía pasar por alto. Miró a las otras tres personas sentadas a la mesa y empezó a levantarse.

—Un momento —dijo—. No hemos terminado.

Se levantó y se acercó a la puerta. Lourdes le indicó que saliera y cerró la puerta tras él. Bosch se fijó en que la sala de brigada estaba vacía: no había nadie en el módulo, la puerta del despacho del capitán estaba abierta y su silla vacía.

Y Lourdes estaba claramente agitada. Usó las dos manos para recogerse el cabello corto negro detrás de las orejas. Bosch había reparado en que la detective pequeña y fuerte exhibía esa muestra de ansiedad desde su regreso al trabajo.

—¿Qué pasa?

—Tenemos dos bajas en un asalto en una farmacia del centro comercial.

—¿Dos qué? ¿Agentes?

—No, ciudadanos. Detrás del mostrador. Dos homicidios. El jefe quiere a todo el mundo en esto. ¿Estás listo? ¿Te vienes conmigo?

Bosch miró la puerta cerrada de la sala de operativos y pensó en lo que acababa de decirse allí. ¿Qué iba a hacer al respecto? ¿Cómo iba a manejarlo?

—Harry, vamos, tengo que irme. ¿Vienes o no?

Bosch la miró.

—Sí, vamos.

Se dirigieron con rapidez hacia la salida que los conducía directamente al aparcamiento lateral, donde estacionaban los detectives y el personal de mando. Bosch sacó el móvil del bolsillo de la camisa y apagó la aplicación de grabación.

—¿Y ellos? —dijo Lourdes.

—Que se jodan —dijo Bosch—. Ya se enterarán.